



Para trabajar el texto del marcapáginas de la campaña



Amad a vuestros enemigos, tratad bien a los que os odian; (...) Como queréis que os traten los hombres tratadlos vosotros a ellos. Si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis?

(Lc. 6, 27. 31-32)

Uno de los tesoros más valiosos que el evangelio es mostrar una capacidad de amor nueva. Ya no se basa en amar lo agradable, lo que me atrae, lo que me beneficia, y me gusta. Sino en dar un salto cualitativo, y el impulso de acercarme al otro ya no nace, de mi deseo de acercarme a lo mejor de él, sino que es la necesidad del otro, su sufrimiento, su dolor, su soledad. Su miedo lo que me mueve a compartir lo mejor de lo que soy y tengo.

Un amor como el que se nos propone a vivir no tiene su fundamento en mandatos externos, o en el propósito de nuestra fuerza de voluntad. Así no sale. Porque nuestra mirada espontánea, lo que ve en los demás, son personas que no sabemos cómo nos van a tratar. Somos miedosos por naturaleza. Desplegamos la duda y la sospecha cómo primera reacción. Los prejuicios y los filtros forman parte de nuestra forma de mirar. Y responder con el ojo por ojo, el diente por diente. El que la hace la paga, rencorosos, vengativos, es nuestra forma de defendernos y de resolver los conflictos.

La propuesta nuclear de Jesús es otra. El punto de partida es que todos tenemos un Padre común que es el que nos da el regalo más valioso que podemos tener que es el de la vida. Si tenemos un Padre común, nuestra forma de relacionarnos es de hermanos. Y la forma de acercarme al otro es, no desde la exigencia, desde el levantar unas expectativas demasiado altas, sino desde la acogida, y la hospitalidad de cómo es, y de cómo está.

El amor que nos enseña Jesús no parte de mí, de mi necesidad de amar, sino que parte de la dignidad del otro. Jesús siempre se pone en el lugar de la víctima, del pobre, del débil.

El Evangelio nos muestra constantemente Jesús modifica su camino, su horario, su vida entera, siempre disponible a acoger las necesidades que se le van presentando. Qué diferencia tan real con nuestras rigideces, nuestros planes perfectamente establecidos, nuestros horarios inamovibles. Y lo mal que nos sienta una alteración o un cambio en las agendas. Porque vivimos excesivamente centrados en nosotros mismos. Somos el centro de nuestro universo. Cómo me siento, el me gusta o no me gusta. El me apetece o no me apetece. Es lo que lo centra y lo acapara todo. Y que difícil se nos hace ver las necesidades de los que nos rodean.

La novedad que nos propone el Señor es que cambiemos nuestra propia forma de entendernos, nuestra identidad. Yo no vivo para que me amen y me sirvan los demás. Vivo para amar y para servir. Lo más profundo que hay en mí es la capacidad de hacerme prójimo de quien me necesita. Se nos invita a abrir los ojos y a acercarnos a las personas no a sacar de ellas lo que me interesa sino a ofrecer la acogida y la compasión que Dios tiene con nosotros.

Vicente Esplugues Ferrero